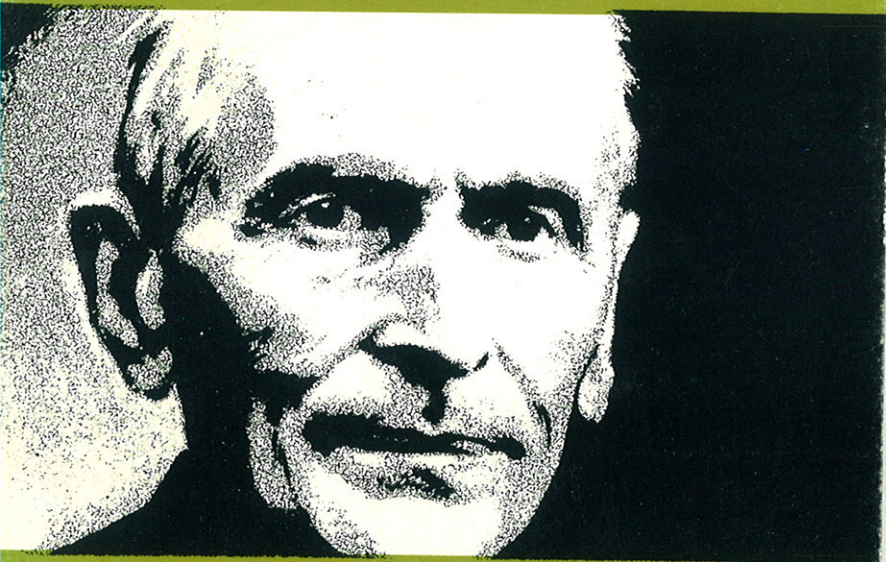


A MEDIAS CON DON BOSCO



RAFAEL ALFARO

DON
MIGUEL RUA

RAFAEL ALFARO

A MEDIAS CON DON BOSCO

**DON
MIGUEL RUA**

Editorial Catequística Salesiana
Madrid-1972

Depósito Legal: M. 28. 370-1972

Escuela Gráfica Salesiana, Madrid-Atocha

A la gloria de Bernini

Estaba celebrando sus sesiones en Salamanca el Capítulo Inspectorial de Madrid, cuando se recibió la comunicación del Rector Mayor:

“Queridos Inspectores:

Ayer recibimos el comunicado de que la BEATIFICACION DE DON RUA tendrá lugar el próximo día 29 de octubre.

Me apresuro a transmitirlos la noticia, suplicándoos la comunicuéis lo más pronto posible a los Hermanos de la Inspectoría y a todos cuantos pertenecen a la Familia Salesiana.

Estoy seguro de que todos y cada uno de vosotros estudiaréis la mejor manera de preparar vuestras comunidades para vivir este acontecimiento como un don de Dios, tan significativo en estos momentos de renovación poscapítular que estamos viviendo.

En cuanto nos sea posible comunicaremos el programa general de las celebraciones en Roma y en Turín. Os saludo cordialmente”,

LUIS RICCI

Un aplauso cerrado subraya la lectura de esta comunicación. Alguien pide que conste en el acta del Capítulo: “Hubo un largo aplauso”.

Y es que se trata del triunfo del primer sucesor de San Juan Bosco, que ha logrado escalar la gloria de Bernini y ser declarado BEATO por el Sumo Pontífice Pablo VI. Una noticia alegre cuyo mensaje podría ser éste: Somos hijos y herederos de santos.

La beatificación de Don Rua es, en estos momentos de renovación poscapitular, una invitación a la fidelidad a Don Bosco y un signo de la santidad de su escuela.

Una escuela de Santos

Don Miguel Rua es el cuarto santo de la Familia Salesiana, formado en la escuela de San Juan Bosco. Contamos bien: el Fundador, la Madre Mazzarello, Santo Domingo Savio, y, ahora, Don Rua. La lista no se termina, porque hay una larga cola de espera. La escuela de santidad de Don Bosco es una de las más fecundas, uno de los pocos casos que se han dado en la Historia de la Iglesia. Nos recuerda los tiempos gloriosos del Santo de Asís o de San Ignacio de Loyola y sus compañeros en la fundación de la Compañía de Jesús.

Don Rua es una gloria de San Juan Bosco, crecido de pequeño a su lado y escogido por el Santo para ser el continuador de su obra. Después de la gracia de Dios y de su trabajo personal, la santidad de Don Rua es fruto de la educación de San Juan Bosco. Es el mismo Fundador de los Salesianos quien lo guía y lo lleva a desempeñar los cargos en los que fragua su heroísmo. "Un santo hecho por otro santo" se podría titular la vida de Don Rua. Nadie mejor que Don Bosco conocía a su Miguelín, y nadie gozaba

más que el padre al reconocer las cualidades del discípulo y sus progresos en la ciencia y la santidad.

“Don Rua puede hacer milagros si quisiera”, llegó a decir en una ocasión; si no hace milagros es porque no quiere”.

Y es que Dios puso a estos dos hombres en un mismo camino para que, unidos los dos, fueran las dos columnas de la Familia Salesiana en sus comienzos. Una familia nacida de una escuela de santos y heredera de santos. Por eso la beatificación de Don Rua es una llamada a la santidad de la Familia Salesiana.

A medias con Don Bosco

A menudo, un cura atraviesa por medio de la calle. Todo el barrio le conoce: es Don Bosco, joven de unos treinta años. A penas aparece, toda la chiquillería corre a él: es su especialidad. Al caer de la tarde abre la puerta de su pobre casa a cuantos quieran entrar, y les enseña muchas cosas. Los domingos los recoge a centenares en su Oratorio. Todos quieren a este sacerdote porque es sencillo y comunicativo. No tiene miedo en recogerse la sotana para jugar con sus muchachos. ¡Hay que verlo correr! No hay modo de alcanzarle; corre como un gamo y se escurre como una anguila.

Precisamente aquella mañana Don Bosco aparece por allí. Son las ocho y media, la hora de entrar en la escuela. Los muchachos atraviesan el mercado para ir al colegio de los Hermanos. Algunos lo ven y se acercan a él.

—¡Una medalla, Don Bosco, una medalla!

Y el buen curita hunde sus manos en los bolsillos.

De pronto se planta ante él un muchachito de aspecto más bien tímido. Tiene unos diez años, ojos inteligentes, porte cuidado, hasta elegante casi, aspecto muy fino y un poco triste. También tiende la mano.

—¡Ah!, ¿eres tú, Miguelillo? ¿Qué es lo que quieres?

—Una medalla, como los otros...

—Mira, toma...

Y diciendo esto, Don Bosco tiende su mano izquierda abierta, pero del todo vacía, y aplicando la derecha perpendicularmente sobre ella, hace como si la quisiera cortar en dos, para darle la mitad.

—Vamos, toma, toma.

Toma, toma...; pero ¿qué podía tomar? La mano seguía vacía.

Miguelín enarcaba las cejas sin entender. ¿Qué quiere decir con esto? Pero Don Bosco no respondía a su muda pregunta. Le respondería cinco años más tarde:

—“¡Tú siempre irás a medias con Don Bosco!” Dolores y alegrías, trabajos y responsabilidades... los compartiremos toda la vida.

La familia Rua

Miguelito Rua nace el 9 de junio de 1837. Su padre, Juan Bautista Rua, ocupa un lugar respetable en la fábrica de armas de Turín. De su primer matrimonio tiene cinco hijos, todos varones. Se casa en segundas nupcias con Juana María, de la que tiene otros cuatro, tres varones y una niña. Al nacer Miguelito, el benjamín de la familia, habían fallecido cuatro de sus hermanos.

Juan Bautista Rúa muere a los sesenta años. Muerto él, los dos sobrevivientes del primer matrimonio, ya mayores, abandonan a su madrastra. La madre de Miguelito se queda con tres chicos, Juan Bautista, Luis y Miguel, puesto que la niña también ha volado al cielo. Su hermano Luis morirá en 1851 a la edad de diecisiete años, y Juan Bautista, a los veintitrés, en 1853. "La próxima vez me toca a mí" —le dice a Francesia, un compañero suyo—. Sin embargo, es en aquel año cuando Don Bosco le dice que tendrá por lo menos medio siglo de vida.

Descubre a Don Bosco

De pequeño, Miguelín comienza a ir a la escuela, adjunta a la capilla de la fábrica donde trabajan su padre y el mayor de sus hermanos. Allí aprende a leer, a escribir, a contar y a ayudar a misa.

Un domingo de 1845, Miguelín Rúa cruza por primera vez la puerta del famoso Oratorio de Don Bosco. Allí se encuentra con una turba de muchachos que rodean alegremente a un cura joven. El sacerdote se le acerca, pone sus manos sobre su cabeza y le mira fijamente.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel.

—¡Miguelín!, ¿te gusta esto?

—Mucho.

—Entonces... ¿volverás?

—Siempre que pueda.

El se hubiera quedado. Su corazón encontró allí el lugar de sus sueños.

Un día de diciembre de 1846, el capellán de la fábrica le pregunta después de misa, mientras se desabrocha a toda prisa la sotanita de monaguillo:

—¿A dónde vas tan ligero?

—Con Don Bosco.

—¡Cómo!, ¿pero tú no sabes...? Está gravemente enfermo...

—No es posible; me lo encontré anteayer.

—Pues sí, sí, está enfermo de un mal incurable. Está mal de la cabeza. Está loco.

“Si me hubieran dicho eso de mi padre, no hubiera tenido tanta pena”, confesaba cincuenta años más tarde.

Es el lunes de Pascua de 1846 cuando Don Bosco fija definitivamente su Oratorio en Valdocco, en las afueras de Turín. Aquella misma mañana, Miguelín Rua hace su primera Comunión. ¡Cómo pide al Señor por su amigo Don Bosco y por su Oratorio! Pero entonces ignoraba que él mismo habrá de ser uno de los principales colaboradores del Santo de la juventud.

Diría que sí..., pero mi madre...

1847. Miguelito tiene diez años y da muestras de ser un chico inteligente. Pues a estudiar Bachillerato. Su madre se sacrifica y lo manda a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Todas las semanas lleva unas calificaciones estupendas que enseña a su madre y —¿cómo no?— a Don Bosco, que también va a este colegio a confesar y a predicar.

Un día, al acabar el segundo curso, Don Bosco le llama aparte. Clava sus ojos en los del niño y le pregunta:

—¿Qué piensas hacer para el próximo curso?

—Entrar en la fábrica para ayudar a mi madre, que tanto se ha sacrificado por nosotros.

—¿No te gustaría continuar tus estudios?

—Sí..., pero...

—¿No te gustaría estudiar para sacerdote?

—¡Qué bien! Yo diría que sí al momento. Pero mi madre..., ¿quién sabe?

—Pues díselo. Ya me contarás lo que piensa.

Esa misma tarde Miguelito se desahogaba con su madre.

—“Verte sacerdote, hijo mío —le dice—, sería la mayor dicha de mi vida. No sabría cómo agradecer al Señor honor tan grande para mi familia. Dile a Don Bosco que sí te doy mi consentimiento”.

Le falta tiempo a Miguelín para ir corriendo a Don Bosco. En dos saltos se presenta en el Oratorio... y...

—Don Bosco, ha dicho mi madre que sí puedo. Así que aquí me tiene. ¡Haga de mí lo que quiera!

Don Bosco pone su mano sobre los hombros del chico como quien toma posesión de algo, y lo mira fijamente. En los ojos del hijo se lee un indecible gozo. En la mirada del padre brilla una inmensa esperanza.

El estudiante

Y en seguida a estudiar latín. Don Bosco elige a unos cuantos chicos del Oratorio, les busca un profesor y los lanza a las clases.

—¿Cómo va eso? —pregunta al profesor al cabo de dos semanas.

—Bastante bien —responde— Marchisio trabaja como un negro; Ferrero habla poco pero entiende de prisa y retiene sin dificultad...

—¿Y Rua?

—Rua deja mucho que desear. No sé lo que le pasa, pero el latín no le dice nada.

—Sin embargo —insiste Don Bosco—, tiene tanta inteligencia como los otros.

—Es posible, pero se ve que no la usa.

El caso es que se entera Miguelín de esa conversación y, quién sabe si por amor propio o por amor a Don Bosco, jamás hay que lamentarse en adelante de su aplicación. Desde aquel día estará siempre en los primeros puestos de la clase.

—¡Maravilloso! ¡Estupendo chico! ¡Siempre el primero! —informará el profesor Bonzanino a Don Bosco—. ¡Qué alma pone en el estudio este muchacho!

—Pero su compañero Marchisio le debe seguir de cerca —insinúa Don Bosco.

—Le sigue, sí; pero a distancia respetable. “Rua llegará lejos, créame”.

Su afición por el estudio es extrema. Y su pasión son las lenguas, clásicas y modernas. A altas horas de la madrugada, en una de las buhardillas del Oratorio, después de restregarse la cara con agua fría o con nieve en invierno, pasa horas y horas sobre libros de hebreo y griego, lenguas que llega a dominar. Llegará a hablar correctamente en español, francés, inglés, portugués y entenderá perfectamente el alemán.

Con una caligrafía impecable pone en limpio los borradores de Don Bosco. Y obtiene sus títulos académicos y eclesiásticos con notas brillantísimas.

Desde sus primeros años de estudiante crece la fama de su virtud. “Es un santo como Don Bosco —se decía—, con la diferencia de que el uno tiene cuarenta años y el otro nada más que dieciséis”.

Y un día Don Bosco pide a sus alumnos que manifiesten por escrito aquel a quien crean el mejor de todos. Los votos son unánimes para Miguel Rua.

Durante sesenta años

Don Bosco le confía cargos de importancia. Va preparándolo para hacerlo su Vicario y Sucesor. Algunas veces, sobre todo en tiempo de Cuaresma, le da la orden de convocar a los chicos para el Catecismo. Entonces se arma de una campanilla y recorre las cercanías del Oratorio llamando a los chavales, que se le unirán en bandadas. En el verano de 1853 Don Bosco le propone: “¿Te quedarás a vivir siempre conmigo?”

La respuesta es alegre y generosa. Aquel año entra en la casa que será suya por más de sesenta años.

Ese mismo verano, en la capilla de Becchi, Don Bosco le impone la sotana con solemnidad. De vuelta a Turín, el nuevo clérigo le pide al Santo la aclaración del gesto misterioso de entregarle la mitad de la mano.

—¿Cómo, Miguelito, aún no lo has entendido?: “En la vida, tú y yo, trabajaremos a medias. Dolores, preocupaciones, responsabilidades, alegrías y lo demás, todo lo demás nos serán comunes. —¿Aceptas?”

—¿Puede dudar de ello?— murmura Miguel transportado de alegría al verse convidado a tan maravillosa participación.

El primer salesiano

Don Bosco sueña en fundar una asociación de personas que se dediquen a la juventud. Se llamarán “salesianos”, en honor de San Francisco de Sales.

Miguel Rua lo anota en su cuaderno:

“El día 26 de enero de 1854, por la noche, nos reunimos en la habitación de Don Bosco. Además de Don Bosco, estábamos Cagliero, Rocchetti, Artiglia y Rua. Nos propuso empezar, con la ayuda del Señor, una temporada de ejercicios prácticos de caridad con el prójimo. Después de aquella temporada, podríamos ligarnos con una promesa, y esta promesa se podría transformar, más adelante, en voto. A partir de aquella noche se llamó *salesiano* todo el que adoptaba aquel género de apostolado”.

Don Bosco elige a los primeros, de entre sus alumnos y los lanza a la prueba: jornadas agobiadoras en el Oratorio, clases nocturnas, asistencias, ensayos de teatro, de gimnasia, de música, recreos animados y estudios en ratos de descanso...

Miguel se fija en el padre y llega a declarar: “Más ganaba observando a Don Bosco hasta en sus más sencillos actos, que leyendo y meditando un tratado de ascética”.

Y el 25 de Marzo de 1855, día de la Anunciación, por la noche, en el despacho de Don Bosco, Miguel Rua emite sus primeros votos, por un año. El y Don Bosco solos.

Ningún testigo. Ninguna ceremonia. Sin embargo, en aquellos momentos nacía la Congregación Salesiana. Y el primer miembro de la gran familia: Miguel Rua. Aún no había cumplido los dieciocho años.

Trabajo incansable

¡Y a trabajar se ha dicho! Tanto que no le queda tiempo para respirar; apenas, apenas, para dormir.

Su primer encargo: Maestro de Matemáticas de sus mismos compañeros. Y comienza con autoridad, dueño de sí mismo: "Hace un momento —les dice— en el patio, éramos compañeros. Ahora soy vuestro profesor, y creo que vais a ser unos alumnos atentos y diligentes". Tranquilo y seguro sabe imponerse.

Por su éxito, Don Bosco le encarga nuevas responsabilidades: asistente general de los cien internos. Tenía que estar con ellos en el comedor, patio y capilla. Luego lo hace bibliotecario y profesor de religión. Y por la noche, el Santo le dicta su Historia de Italia.

Los domingos los pasa en el Oratorio de San Luis, fundado por Don Bosco en 1849. Miguel se lleva sus bocadillos y sin regresar a comer, dedica mañana y tarde a los chicos de aquel barrio.

Otro día, Don Bosco le confía las clases de Nuevo Testamento a los clérigos de la casa y hasta le aconseja que escriba un manual de Historia Sagrada. Miguel, manos a la obra, escribe en pocos días más de ochocientas páginas.

Y a madrugar para preparar sus clases y hacer sus estudios. Es de poca presencia, un manojo de huesos revestido de sotana. Pero de un temple de acero. El trabajo tem-

pla su alma y sus nervios... y su alegría de gastar la vida en favor de los demás.

Buen modo de practicar el testamento salesiano legado por San Juan Bosco a sus hijos: "Trabajo, trabajo, trabajo".

Con Pío IX

En febrero de 1858 sale Don Bosco hacia Roma con Miguel Rua de compañero de viaje y secretario. Lleva el santo un esbozo de las reglas para presentarlo a Pío IX. Está tres meses en la Ciudad Eterna. ¡Qué emoción al visitar los monumentos de la Roma Imperial, cristiana y renacentista! Y, naturalmente, hacen una visita a los centros de educación para observar y comparar métodos educativos.

Pero lo que más llena el corazón del padre y del hijo son las audiencias de Pío IX. El Papa conversa con ellos, les anima a la fundación de la Congregación de acuerdo con los tiempos en que viven, les da una medalla para los chicos del Oratorio, un puñado de monedas de oro para una merienda y una bendición amplia: "Que la bendición de Dios descienda sobre tí, sobre tu compañero, sobre tus bienchechores, sobre tus niños y tus obras y permanezca siempre y siempre". La bendición del Papa, dividida entre el padre y el hijo preferido, sigue cumpliendo la predicción de Don Bosco: "Iremos a medias".

Al año siguiente reúne Don Bosco a sus hijos en consejo. El Santo es elegido como superior general y en Don Rua, entonces subdiácono, recae la elección de director espiritual. Es el 18 de diciembre de 1859, fecha histórica para la nueva Congregación.

Sacerdote

Después de dos años de Filosofía y cuatro de Teología, que termina con notas brillantísimas: "plus quam optime" y "egregie", el 28 de junio de 1860, recibe en la Iglesia de Santa Ana, en el pueblecito de Caselle, la ordenación sacerdotal, de manos de monseñor Balma. La noche anterior la ha pasado en oración. Lo notaron los criados de la casa donde se había hospedado: Don Rua no había deshecho la cama.

El 30 de junio celebra su primera misa en el Oratorio, asistido por Don Bosco, en presencia de su madre, de sus amigos y de los jóvenes. La casa exhibe todos sus trapos de colores para festejarlo. Don Cagliariero acompaña al piano unas romanzas y Don Francesia declama una oda en su honor.

Su madre, que vive en el Oratorio desde la muerte de mamá Margarita, acaecida en 1856, se llena de emoción y felicidad al contemplar a su hijo sacerdote.

La mayor alegría del nuevo ministro del Señor la halla en la carta que le puso Don Bosco en la buhardilla en que tenía su habitación. Allí la descubre al ir al descanso: "Tú verás mejor que yo la obra Salesiana cruzar los Alpes y establecerse por toda la tierra... Tendrás que trabajar y sufrir mucho. Ya sabes que no hay rosas sin espinas, y que se precisa atravesar el Mar Rojo y cruzar el Desierto para llegar a la Tierra Prometida. Sostén la prueba con valor, porque en medio de las penas experimentarás el consuelo de la ayuda del Señor... Para cumplir tu papel en la tierra te aconsejo: vida ejemplar, prudencia perfecta, perseverancia en el trabajo por la salvación de las almas, docilidad

plena a las inspiraciones de lo alto, guerra sin cuartel al infierno y confianza ilimitada en Dios”.

Todo un programa de vida. El Miguelín de antes y el clérigo de ayer empieza con el día nuevo una vida nueva. Desde ahora será DON RUA, el brazo derecho de Don Bosco.

A trabajar

Sí, a trabajar con Don Bosco. Primero como director general de las clases del Oratorio. Bajo su responsabilidad hace florecer el estudio, la piedad, y el trabajo en una familia de casi setecientos jóvenes estudiantes y profesionales. Por si esto fuera poco, Don Bosco lo encarga del Oratorio de San Luis Gonzaga, junto a la estación central, y del Oratorio del Angel de la Guarda en la barriada de Vanchiglia. El se apaña para fundar la Compañía de San Luis y una biblioteca. A tiempo y a destiempo dirige la Palabra de Dios. Los domingos confiesa a los chicos mañana y tarde, les dice la misa y les proporciona el desayuno a todos. Los chavales lo quieren con delirio porque ven cómo se entrega a ellos sin reserva.

Y para dormir, una tabla

1864-1865, ¡Qué dos años más hermosos en la vida de Don Rua. A sus 26 primaverales años, Don Bosco lo envía como director del primer colegio fuera del Oratorio: Mirabello. Hermosa casita entre viñedos. Se trata de un Semi-

nario Menor. El padre le da unos consejos de oro y lo lanza al campo de apostolado:

“Nada te turbe. Evita las privaciones en la comida y no duermas menos de seis horas. Hazte querer más que temer. Trata bien a tus colaboradores. Haz el recreo con los chicos. Reúne a los profesores, asistentes, y jefes de grupo. La bondad y la cortesía para los de dentro y los de fuera sean tus virtudes características”.

Dos años de éxito. Don Rua cumple al pie de la letra las palabras del padre, excepto dos cosas: no duerme las seis horas: su cuarto se ve iluminado hasta altas horas de la noche. Y luego, será el primero en alzarse de la cama.

Pero un día llegan huéspedes. El director cede su cuarto a un salesiano. Y lo descubren. Cuando van a cambiar la ropa de la cama, encuentran una enorme tabla entre el colchón y las sábanas.

—Esto no lo debes hacer— le dice el amigo y compañero que lo descubre. ¿Lo sabe Don Bosco?

—¡Vaya, hombre!, le responde Don Rua. Como si lo pusiera todas las noches...

Así, con la oración y la mortificación mantendrá alerta su espíritu para no apartarse del Señor en medio de las actividades incansables de su vida apostólica.

Aunque te arrojaran por la ventana no morirías

Don Rua se siente feliz en su colegio de Mirabello. A su lado está su madre. Florecen la piedad, la disciplina y el estudio. En este oasis de paz bien construida, recibe la llamada del padre.

—Don Bosco te llama a Turín, le dicen.

—¡Estoy listo!

Y Don Rua sólo con el breviario de equipaje, sale al punto para Turín.

Don Bosco necesitaba un vicario, pues estaba en plena construcción de la Basílica de María Auxiliadora, lo absorbían la correspondencia, las Lecturas Católicas, los setecientos jóvenes que residían en el Oratorio...

En 1866 se coloca la última piedra de la Basílica de María Auxiliadora y se fija la fecha para la Consagración: 9 de junio de 1867.

¡Cuánto trabaja Don Rua para preparar la fiesta! Por entonces sólo llega a dormir cuatro horas diarias. Pero su alegría es infinita al contemplar la imagen de la Purísima en lo alto de la cúpula de nueva Basílica, recortándose resplandeciente sobre el cielo de Turín.

El exceso de trabajo lo agota. Una mañana de julio, cuando va a salir de casa, cae en brazos de un amigo, fulminado por un ataque de peritonitis.

El médico se muestra pesimista. Don Bosco parece no tener prisa en ir a verlo. Cuando sube a su alcoba, exclama Don Rua:

¡Oh Don Bosco, si ha llegado mi última hora, no tenga reparo en decírmelo; estoy preparado para todo.

—Mi querido Don Rua, responde el santo, no lo quiero, ¿entiendes?, no quiero que te mueras. Aún tienes mucho que hacer. Y le bendice.

El médico ha perdido toda esperanza, pero Don Bosco bromea:

—Quizá es aún más grave de lo que usted dice, doctor; pero Don Rua debe curar; tiene mucho que hacer a mi lado.

Y al ver sobre la mesa la cajita de los Santos Oleos.

—Y esto ¿para qué es? —Exclama.

—Pues para la extremaunción de Don Rua —le dicen.

—¿Y a quién se le ha ocurrido esa idea?

—¡A mí, Don Bosco, —dice el enfermero—. Si usted le hubiera visto ayer tarde...; daba lástima; si hasta el médico...

—¡Hombres de poca fe! —irrumpe el santo—. Oyeme bien, Don Rua; aunque te tiraran por la ventana abajo, tal como estás, no morirías.

Y así es. Contra todo pronóstico, el enfermo cura en breve tiempo. Cuando baja sano y salvo a su trabajo, todos los miembros del Oratorio lo reciben con un aplauso de alegría. Ya se había ganado el corazón de todos, a pesar de que era el hombre que les exigía el orden y la disciplina. Pero al mismo tiempo era el que jugaba con ellos al marro y a la pelota y, en el recreo de la noche, el que entonaba con ellos canciones juveniles bajo las estrellas.

A París y a Barcelona

Don Rua había ido a París en 1878 como enviado de Don Bosco, para ver una Fundación que luego no fue conveniente aceptar. Cinco años más tarde, en enero de 1883, Don Bosco lo llama con urgencia desde París donde se encuentra de visita. Y allá se presenta Don Rua, su brazo derecho. Ahora sí que necesitaba, sobre todo de su mano, para la tarea de contestar montañas de cartas. “No puedes imaginarte el montón de cartas que esperan contestación en mi mesa —escribe a un amigo—. Ni con siete secretarios habría bastante. Menos mal que se nos ha juntado un religioso de la vecindad y nos echa una mano”.

En 1886 acompaña al santo a Barcelona. Enterado de que iría con Don Bosco a España, se aplica con fervor a estudiar el castellano. En poco tiempo, logra familiarizarse con la lengua de Cervantes. Para no olvidarla, adquiere una imitación de Cristo. Su lectura espiritual la hará en español por una temporada.

Al llegar a la frontera española, Don Bosco queda sorprendido al oír a Don Rua hablar con los aduaneros.

—¡Muy bien, bravo! —le dice—. Con tu español me sacarás de apuros.

Y así es, porque en Barcelona da varias conferencias a alumnos y cooperadores.

Hace milagros por obediencia

“Si Don Rua quisiera, podría hacer milagros”, había dicho S. Juan Bosco. Y un día se sorprende haciendo un milagro.

Todo el tiempo que Don Bosco permanece en Barcelona desfila por la casa Salesiana un río intermisible de gente: señoras de la nobleza, sacerdotes y religiosos, obreros e industriales, periodistas y campesinos... desfila ante el santo para recibir la bendición de María Auxiliadora que les llevaba la certeza del consuelo y la paz. Todos salen con la convicción de haber visto a un santo.

Don Bosco, ante la imposibilidad de recibir a todos, se asoma de vez en cuando al balcón y bendice a la multitud que se renueva sin cesar. Atiende, sobre todo, a los enfermos. Muchos curan y se han dado casos maravillosos. Otros se marchan con el milagro de la resignación. Pero acuden tantos

que tiene que delegar en Don Rua para que en su nombre les dé la bendición de la Virgen.

Un día se le presenta a Don Bosco una pobre madre con su hijo. El muchacho estaba desahuciado por los médicos. "Vaya a Don Rua" —le indica el santo—. Don Rua le da la bendición de María Auxiliadora y el muchacho cura al momento. Era la señal de su santidad. Las manos de Don Rua eran también prodigiosas. El Señor se servía de él para realizar protentos. El dirá luego que era por encargo de Don Bosco...

El vicario de Don Bosco

Corren los años. Los salesianos cruzan los Alpes y el Atlántico. Llegan a América. Don Bosco realiza nuevas empresas: en 1872 funda el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Pone a María Mazzarello al frente de la nueva Congregación femenina. En 1875 envía la primera expedición de misioneros salesianos a Argentina, capitaneados por Juan Cagliero. El santo había soñado con La Pampa y la Tierra del Fuego. Un año después, crea la unión de los Cooperadores Salesianos, funda la obra de las vocaciones de adultos y lanza el Boletín Salesiano...

El Papa León XIII le confía la construcción del templo del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. En Barcelona profetiza la erección del Tibidabo. Don Bosco se siente cansado. Su salud se desmorona. Su ocaso se tiñe de inminencias. El santo ha dicho muchas veces: "Si Dios me avisara: prepárate, que has de morir; escoge un sucesor y pide para él las gracias y virtudes que creas necesarias para que pueda

desempeñar bien su oficio, yo no sabría qué pedir al Señor porque veo que lo posee ya Don Rua”.

El 24 de octubre de 1884 Don Bosco reúne a su Capítulo. Cuatro días más tarde, después de pedir las luces del Espíritu Santo, Don Bosco comunica a sus consejeros su determinación de elegir a Don Rua como vicario suyo. El Papa León XIII aprueba dicha elección y Don Bosco lo comunica a todas las casas.

Don Rua pasa a ser otra vez el padre bueno, el hombre de la bondad de corazón, fiel también a las palabras que un día le dijera el fundador: “Hazte amar”.

Don Bosco va al cielo

Don Bosco había consumido su vida. Un médico de Montpellier le había dicho gráficamente: “Examinado a fondo, Don Bosco resulta un vestido viejo para colgar en el perchero”.

Enero de 1888. Hundido en el sillón y envuelto en una manta, Don Bosco habla largamente con su vicario. Platican de la Congregación, de su pasado, de su porvenir... “todo lo hemos hecho a medias, todo a medias” —murmura el santo—.

Don Bosco está moribundo. Últimas recomendaciones: “Trabajo y oración;” “amor al Papa;” “devoción a María Auxiliadora...”

Don Rua se dirige al padre en nombre de todos: “Don Bosco, aquí estamos todos sus hijos. Perdóne los disgustos que le hayamos causado. Como señal de perdón y paternal bienquerer, dénos una vez más su bendición. Yo guiaré su mano y pronunciaré las palabras de la fórmula”.

La bendición era del brazo de Don Bosco pero el movimiento y las palabras eran de Don Rua. Siempre a medias con el padre, hasta la última bendición.

El reloj de la Basílica de María Auxiliadora señalaba las cinco menos cuarto del día 31 de enero cuando Don Bosco cambiaba la vida de la tierra por la del cielo.

Y Don Rua exclama en aquellos momentos solemnes: “¡Huérfanos! hemos perdido a nuestro padre en la tierra, pero hemos ganado un protector en el cielo. Seamos hijos dignos suyos, imitando los santos ejemplos que nos deja”.

A los pies de los despojos del padre, Don Rua ora largamente. Después escribe a todos los salesianos del mundo una carta llena de fe y de esperanza:

...“Encargado de sucederle, haré de mi parte lo imposible para corresponder a vuestras esperanzas, sostenido por vuestra ayuda y vuestros consejos. Con el apoyo divino el auxilio de María Santísima y la caridad de nuestros amigos, creo que la Sociedad Salesiana continuará la obra de su santo Fundador en favor de la juventud abandonada y de los países de misión...”

Con las riendas de la Congregación

“Ser como Don Bosco” es la meta de Don Rua; su oración: “Ayúdame a ser tú”. Y su programa: ser otro Don Bosco para los salesianos que se multiplicaban bajo todos los cielos, para los jóvenes de Valdocco y del mundo entero.

“La congregación Salesiana me recuerda el milagro de la multiplicación de los panes y los peces” —exclamaría el Obispo Fulton Sheen.

Este crecimiento espectacular tiene lugar en los primeros años del sucesor de Don Bosco. Don Rua toma las riendas de la Congregación en 1888 y muere 1910, total, veintidós años fecundos de Rector Mayor.

A la muerte de Don Bosco hay setecientos salesianos y sesenta y cuatro casas repartidas en seis naciones. Don Rua cerrará su ciclo dejando cuatro mil salesianos y trescientas cuarenta y una casas extendidas en treinta naciones. La obra salesiana ha quedado multiplicada por cinco.

Las misiones salesianas, limitadas en 1888 a Patagonia y Tierra de Fuego, se expanden bajo el mando de Don Rua, por Brasil, Ecuador, China, India y varias naciones de Africa.

Enormes son las distancias que separan a los salesianos de la casa madre. Ya que ellos no pueden venir, el padre se hace viajero del amor para acercarse a los hijos, hablar con ellos y animarlos. Lo considera como un deber, y sin miedo a los vagones de tercera, se lanza a visitar la Congregación, "sendero innumerable". ¿Quién contará los kilómetros recorridos? sin duda que superan los 100.000.

En favor de los obreros

Nos encontramos en el siglo de la revolución industrial, de la lucha de las clases sociales y del primer manifiesto comunista. El Papa León XIII también saca su Encíclica "Rerum novarum", en la que invita a los católicos a mejorar la condición de los obreros. Basta de explotarlos mediante horas excesivas de trabajo. Todos deben ganar el justo salario y tienen derecho al descanso semanal.

Don Rua entabla profunda amistad con León Harmel, jefe del "movimiento obrero católico". En Turín estimula la obra del Sindicato Católico de Modistas. La señorita Cesarina Astesana, dirigida por Don Rinaldi, había fundado en su parroquia una Oratorio para muchachas al que acudían más de trescientas. Pronto se dio cuenta de que las mayores eran explotadas en los talleres en donde les hacían trabajar hasta los días festivos con horarios infames y con sueldos de hambre. Se decide inmediatamente a luchar contra la injusticia.

—“Vaya adelante—, le dice un día Don Rua—, su obra es santa y Dios está de su parte”.

Verano de 1909. La fábrica de Hilaturas Poma tiene un millar de obreros y obreras que trabajan once horas y media. Exigen un trabajo de sólo 10 horas. El dueño, señor Poma, es católico, cooperador salesiano y amigo personal de Don Rua. Sin embargo considera la Encíclica de León XIII como un acto de debilidad del Papa hacia “la canallesca socialista”, que sólo quiere revolucionar el mundo. Acepta la disminución de las horas de trabajo, con tal de reducir el salario.

Se desencadena una huelga general. Los obreros sufren las consecuencias, pero están dispuestos a dar la batalla por la justicia. A los treinta y cinco días, algunas obreras que ven el efecto del hambre, aceptan el antiguo horario de once horas y media, con tal de poder llevar a sus hijos un pedazo de pan. Pero los huelguistas acuden a las piedras y no tienen miedo a romper puertas y ventanas. No hay que ceder.

Don Rua, junto con otras personalidades de Turín, va al señor Poma para hacerle razonar. Después de muchos

tira y afloja, el industrial acaba cediendo. En Valdocco se imprime una circular que se reparte a todos los obreros anunciándoles la buena noticia. La huelga había durado cincuenta días.

Con la cruz a cuestas

“Tendrás muchos trabajos y sufrimientos —le había dicho Don Bosco el día de su primera misa—; pero ya sabes, sólo a través del Mar Rojo y el Desierto se llega a la Tierra Prometida”.

Y sobre el corazón de Don Rua se desencadena una tormenta de pruebas dolorosas:

- En Argentina se desborda el Rio Negro, inunda las ciudades de Viedma, Patagones y Rawson y arrastra la residencia de los misioneros salesianos.

- En Ecuador estalla una furiosa persecución anticlerical. Los salesianos son expulsados de Quito y les hacen atravesar la selva a pie. Veinticinco días de marcha cruel. El Padre Milano, misionero salesiano, no soporta la caminata, se desvanece y muere.

- En 1902 se suprimen en Francia todas las Congregaciones religiosas. Los salesianos emprenden la desbandada por todas las naciones de Europa.

- Uno de los salesianos más ilustres de Italia, el padre Dalmazzo, es asesinado.

- En 1908, el terremoto de Mesina se traga a nueve salesianos y cuarenta alumnos.

Todas estas pruebas las sufre el corazón de Don Rua con indecible amargura. Pero el dolor mayor lo experimenta el siervo de Dios con los sucesos de Varazze.

El padre Carlos Viglietti, último secretario de Don Bosco, es director del colegio salesiano de Varazze. El día 29 de julio de 1907 entra en la iglesia del colegio un grupo de policías. Los salesianos quedan prisioneros y los muchachos son llevados al cuartel. Don Carlos Viglietti protesta enérgicamente por este abuso y exige se le digan los motivos. "Cosas graves, reverendo. Aquí se hacen cosas abominables".

En el cuartel se entera el director del "cuerpo del delito". Un chico del colegio había escrito un diario que, por lo visto, se lo entregó a la policía. En él se hablaba del colegio como un antro de inmoralidad, y se narraban cosas horribles.

Se somete a los muchachos a un proceso de interrogatorio interminable. Inútilmente. Mientras tanto, los diarios anticlericales vocean la noticia con enormes titulares: "Indecencias inauditas en Varazze", "La pocilga de Varazze", "De qué son capaces los curas"... Parecía una consigna. En muchas ciudades de Italia se desata una serie de demostraciones contra los sacerdotes y religiosos.

Pero llega a descubrirse todo, obra y maniobra organizada por el gran maestro de la masonería Héctor Ferrari. Un médico de Varazze había mandado escribir el diario con orden de explotarlo al máximo en toda Italia.

A Don Rua se le ve llorar como un chiquillo ante la tormenta que cae sobre sus hijos. Pero todo pasa. Los abogados más famosos de Italia ofrecen su defensa gratuita a los Salesianos. Descubren la sarta de calumnias y se procesa a los difamadores. La sentencia define al diario "un tejido de fantásticas quimeras, escrito por instigación de extraños, empeñados en levantar un escándalo anticlerical".

Del corazón de Don Rua brota una oración y un voto. "Por tu bondad, Señor, devuelve a mi familia su honor intacto y, en penitencia, recorreré otra vez, antes de morir, el país de tu Sagrada Pasión y Muerte".

En los primeros días de Febrero de 1908, el bienaventurado salía en peregrinación de penitencia a Tierra Santa.

Unas florecillas a lo San Francisco

Agustín Auffray trae en su biografía de Don Rua varias anécdotas que nos hablan de la virtud y santidad del nuevo bienaventurado. Algunas son ingenuas y sencillas, como transplantadas de la vida de San Francisco. Espigamos algunas.

• *Un milagro excepcional.*—¿Nunca ha hecho usted milagros, Don Rua? —Le preguntó una vez el padre Luis Versiglia, más tarde Obispo y mártir en China.

—Sí, pero no me gusta contarlos.

—Cuenta uno, al menos.

—Pues bien, escucha; pero ¿no se lo contarás a nadie, eh?

—De acuerdo.

—No hace mucho, me llamaron para que fuera a dar la bendición de María Auxiliadora a una señora anciana, parálitica incurable... Cedí a las instancias de la familia que esperaba su curación. Le di la bendición y...

—¿Y se levantó curada?

—No; murió un cuarto de hora después...

• *La Virgen aún no le ha preparado su lugar en el cielo.*—Sor Clara Liprandi, salesiana, llevó un día al siervo de Dios junto a la cabecera de su madre, de sesenta años de

edad, víctima de un ataque apoplético. No había esperanzas de curación. Los médicos aseguraban su muerte para dentro de unas semanas, o tal vez días.

—Animo, valor —le dijo Don Rua—; usted saldrá de ésta. La Santísima Virgen aún no ha preparado su lugar en el cielo. Usted morirá tres años después de mí.

Así sucedió. La anciana falleció en 1913, a los tres años justos de la muerte del bienaventurado.

• *Usted se hará monja.*—Un día se encontró con una chica que acompañaba a una salesiana a visitar la tumba de Don Bosco en Valsálice. “Usted —le dijo sonriendo a la muchacha— se hará monja y luego irá al extranjero donde hará mucho bien”. La chica nunca había pensado tal cosa; pero al cabo de catorce años vistió el hábito de salesiana y fue destinada a Albania donde trabajó largos años.

• *Secretario por siete años.*—Uno de sus secretarios, llegado de América, deseaba regresar de nuevo. Pero Don Rua le anunció: “serás mi secretario durante siete años”. Era el año 1903. Don Rua murió en 1910.

• *Una bendición desde la ventana de su cuarto.*—Un día fue Don Rua a celebrar la fiesta de San Luis al Colegio Salesiano de Borgo San Martino. La banda de música del colegio salió a recibirlo triunfante por las calles de la ciudad. Pero al llegar a casa, los chicos dejaron de tocar.

—¿Por qué no tocan ahora?, preguntó el padre.

—Es que una de las hermanas de la cocina está muri-bunda, le dijeron.

Por si no era grave el tifus, se le había complicado con pulmonía y con nefritis. Los médicos no daban ninguna esperanza.

Las compañeras de cocina lo conmovieron con su tristeza. Una de ellas se echó a llorar incontinentemente.

—“No llores —le dijo Don Rua en tono seguro, después de haberse recogido unos momentos— Esté tranquila: la hermana no morirá. Tendrá que trabajar todavía bastante. Ahora no tengo tiempo de visitarla, pero le diga que, esta noche a las nueve, le enviaré desde mi cuarto la bendición de María Auxiliadora”.

Cuando fue con los chicos a la oración de la tarde les pidió que rezasen tres avemarías por la enferma. A las nueve, desde su cuarto, le enviaba la bendición de la Virgen.

Sor Filomena, la moribunda que no había podido conciliar el sueño en quince días, comenzó a sentir en sus párpados la pesadez y los incontenibles deseos de dormir. A las diez estaba profundamente dormida. Al día siguiente llegó el médico preguntando a qué hora había muerto la hermana.

—La hermana —se le respondió— no sólo no ha muerto, sino que se siente con unas enormes ganas de vivir.

—¡Eso es un milagro!, exclamó el doctor.

Sor Filomena curó completamente. Vivió veinticinco años más y murió como directora de un hospital de Damasco.

• *Te invito a comer conmigo.*—El profesor De Magistris, amigo de Don Rua, sufrió un ataque de apoplejía y se encontraba en el lecho en estado comatoso. ¡Que venga Don Rua!

Y allí se presentó el amigo. Lo contempló largamente y, al cabo de unos minutos de profundo recogimiento, dijo a los presentes:

“No temáis, el enfermo no morirá; tened la misma fe que yo”. Luego, pasando su mano sobre la cabeza del ami-

go, le susurró: “Te vendrás a comer conmigo... Estás invitado”. Treinta y ocho años más tarde, el profesor De Magistris todavía contaba el hecho lleno de emoción.

• *Los sordos oyen.*—Uno de los acontecimientos más bonitos de la vida de Don Rua es el que sucedió en Saint-Cyr, cerca de Tolón. Un enorme gentío llenaba la iglesia del pueblo en espera de una conferencia del siervo de Dios. Rondín, el pobre hombre sordo, se acercó a los primeros bancos a ver si lograba que el Sucesor de Don Bosco curase su sordera. No pudo hablar con él. Salió a la calle persiguiendo al hombre de Dios. La multitud le impedía el paso. Corrió a una bocacalle por donde había de pasar y, apenas lo tuvo delante, se echó a sus pies de rodillas y gritando:

—“¡No oigo nada! Deme su bendición y quedaré curado”.

—Si se cura, ¿promete hacerse Cooperador Salesiano?

—“Es inútil que le hable —le dijeron—. Está como una tapia.

Pero Rondín, el sordo, respondió:

—¿Cooperador Salesiano? ¿Qué quiere decir eso?

La gente quedó asombrada. El sordo había oído. Y Rondín salió brincando de gozo como los curados del Evangelio. Don Rua había abierto sus oídos. La multitud asistía electrizada ante el espectáculo de un humilde sacerdote que llevaba en sus manos la bendición de Dios.

• *La sotana descuartizada.*—A su paso por España, en 1890, en Sevilla le dejaron la sotana descuartizada, pues todos querían reliquias del sucesor de Don Bosco, que llegaba con fama de santo. “Esto no puede ser” —se quejó a Don Ricaldone. “Ya le haremos una sotana nueva —le

contesto éste—; pero mire cómo a nosotros no nos meten las tijeras en nuestros hábitos...”

• *Con flores a Don Rua.*—En la vida de Don Rinaldi se cuenta un hecho muy simpático. Don Rua iba a hacer una visita a Sarriá. Don Rinaldi se lo contó a los jóvenes del colegio de Barcelona y les animó a preparar un solemne recibimiento, como se hacía en aquella época. Había que cantarle un himno de recepción y Don Rinaldi preguntó si se sabían alguno para recibir al primer sucesor de Don Bosco.

Un chico del colegio se levantó: “Yo sé un himno muy fácil de aprender y que cantábamos en mi pueblo”.

—¡A ver, a ver...!

—Muy sencillo. Y comenzó a cantar:

*Venid y vamos todos
con flores a porfía,
con flores a María
que Madre nuestra es...*

—¡Estupendo! —prorrumpen algunos— Otros rieron anchamente.

—La letra se adapta muy bien, dijeron otros:

*“Venid y vamos todos
con flores a porfía,
con flores a Don Rua
que padre nuestro es...”*

—Pero, Don Rua no rima con “porfía”, observó un poetilla del grupo.

—No hay dificultad, dijo otro, porque pronunciando la “u” a la francesa, en vez de decir Don Rua, decimos Don Ría, y está todo arreglado.

La solución fue feliz. Don Rua fue transformado en “Don Ría”, y el venerable entró en España con la sonrisa abierta de Don Bosco. Los jóvenes españoles le hicieron sonreír, como esperamos verlo, dentro de dos meses, en la gloria de Bernini.

• *Las hormigas obedientes.*—Don Rodolfo Fierro, testigo ocular, nos cuenta lo siguiente: Visitaba Don Rua el colegio de Este, de las Hijas de María Auxiliadora. Apenas llegado, bajó corriendo la Hermana sacristana para decirle: “*padre, ¡le maledica, le maledica!*” “padre, ¡maldígalas, maldígalas!”

—Pero, hija mía, ¿a quién? si los sacerdotes estamos para bendecir, no para maldecir a nadie.

—*Le formiche!, le formiche!* ¡las hormigas!, ¡las hormigas!

Efectivamente, en la casa había una invasión de hormigas. Pronto llegó la directora y aclaró: —lo invaden todo, y parece que se han aposentado en la sacristía y la iglesia, y cuantos más insecticidas se echan, parece que se multiplican más.

—Bueno —dijo Don Rua—, la Iglesia tiene sus exorcismos. ¿tenéis fe en las oraciones de la Iglesia?

—Padre, ¡Sí!

—Entonces preparad roquete, estola, ritual, agua bendita... Pero no olvidéis que también las hormigas son criaturas de Dios y tienen derecho a vivir. Si se marchan de la casa habrá que buscarles un sitio en otra parte y proporcionarles alimento.

—Allá en un rincón de la huerta, y les echaremos los desperdicios...

—Así se convino. Y con la expectación que es de imaginar, fueron todas las Hermanas y alumnas a la capilla. Don Rua rezó los exorcismos. Todo fue acabarlos y empezar las hormigas a marcharse en larga fila hacia la huerta y al sitio que les habían destinado.

Naturalmente la admiración fue grande, sobre todo en las niñas, que empezaron a murmurar: ¡Milagro, milagro!

El siervo de Dios replicó: Sí, milagro. El milagro de vuestra fe, el milagro de la oración de la Iglesia... Pero las hormigas nos han dado una gran lección de obediencia. Ya las habéis visto: calladitas, calladitas, sin quejarse ni refunfuñar se han marchado a donde las hemos mandado.

• *Otras florecillas más silvestres.*—Es proverbial la devoción que Don Rua sentía por la Regla hasta el punto de que el mismo Don Bosco lo llamaba “la Regla viviente”. Los tiempos quizás estaban de acuerdo con la inflexibilidad de su alma de hierro. Hoy nos llama la atención su fervor por cumplir a la letra hasta el último detalle; pero sabemos que, ante todo, era hombre de espíritu.

Citamos algunos ejemplos:

Un día comía con la Comunidad monseñor Cagliari, recién llegado de América. Todos creyeron que Don Rua dispensaría de la lectura de regla y, al sentarse a la mesa se pusieron todos a charlar. Pero el siervo de Dios, dirigiéndose al Obispo de dijo: “Estoy seguro, monseñor, que le gustaría oír la hermosa voz de Don Rabagliatti. Lee admirablemente”.

Y Don Rabagliatti no tuvo más remedio que tomar el libro y dejar oír su hermosa voz en la lectura.

En el ropero de Don Rua había dos sotanas: una de lana para el invierno, y otra de merino para el verano. Pero

él las usaba al revés. la de merino en invierno y la de lana en verano. Y decía al amigo que se fijó en su modo de vestir: “¿Es que no tengo derecho a hacer penitencia?”

“Repetía con frecuencia las palabras de Don Bosco: “el trabajo y la templanza, harán florecer la Congregación” y él las ponía en práctica como ninguno. El trabajo se había convertido en una necesidad y el descanso en su sufrimiento. No descansó ni un minuto. No tuvo ni una semana de vacaciones. Por eso, uno de sus hijos, escribía al día siguiente de su muerte: “al llegar al paraíso, Don Rua es capaz de haber preguntado a Don Bosco, después de saludarle afectuosamente: ¿no hay nada que hacer por aquí?”

Don Bosco, voy a tu lado

El peso de los años ha caído sobre las espaldas de Don Rua con mayor crueldad que el del trabajo. Apenas puede escribir a causa del temblor de sus manos. Para calmarlo, ha acudido al remedio de sujetar su mano derecha poniéndose encima un ladrillo o un tarugo de madera. Así le obedecían mejor sus nervios.

En su último viaje a Sicilia, le dice un Salesiano, antiguo compañero:

—¡Pobre Don Rua, qué feo es!

“¡Muchas gracias! —le responde al pipopo—. Y se acuerda de las palabras que le había dicho Don Bosco: “Cuando te llamen feo, será la señal de que la muerte está cercana”.

Otro día, Don Francesia, al verlo dolorido, hecho todo una llaga, se acerca a él y le habla de usted.

Don Rua reacciona:

—Pero, ¿qué te has creído? ¡Lo único que faltaba! Tú eres el último recuerdo de mi infancia. Como no me llames de tú, conseguirás que me muera antes de tiempo.

“El último recuerdo de mi infancia”... El molino de los recuerdos daba vueltas en su cabeza: los felices años de chiquillo crecidos al lado de Don Bosco, al lado de su madre; el nacimiento de la Congregación, hoy dilatada por toda la tierra. Había sido su testigo y su primer hijo. Sus primeros años de sacerdocio; el Oratorio, la Basílica de la Virgen; los sueños de Don Bosco, cumplidos al pie de su imaginación; sus compañeros, sus amigos, sus jóvenes; las conferencias, los viajes... Su corazón tenía buena memoria y andaba a vueltas con los recuerdos.

Su corazón. Pobre corazón de Don Rua. También está cansado, como sus piernas, convertidas en pura llaga.

Comienza el año 1910, año jubilar de su sacerdocio. En el Oratorio se prepara una gran fiesta. En julio cumpliría 50 años de sacerdote. “Celebrarán la fiesta sin el santo” —dice con frecuencia—. Don Bosco no llegó a celebrar sus bodas de oro. También en esto tiene que imitarle...

El 15 de febrero le llevan a su mesa de trabajo el voluminoso correo del día. Se le nublan los ojos. No puede leer. “Yo no puedo más —dice al enfermero—. Lleva todo a Don Rinaldi y dile que responda él mismo”.

Era la primera y última vez que se rendía al trabajo. Su lecho de enfermo se transforma en un santuario. Recibe visitas de obispos, príncipes, antiguos alumnos... El mismo Pío X le envía su bendición.

Don Rinaldi, el día de Jueves Santo, le lleva solemnemente el viático. Y Don Rua habla conmovido: “Rogaré

al Señor todos los días por vosotros. Os espero en el Paraíso con Don Bosco. Os recomiendo tres cosas: amor a la Eucaristía, devoción a María Auxiliadora y amor a los Pastores de la Iglesia y, de modo particular, al Papa”.

Don Pablo Albera le administra el Oleo de los enfermos. Los chicos del Oratorio cantaban en el patio:

“Don Bosco, vengo a te”

Don Bosco, voy a ti...

La dulzura de la música llega a los oídos del enfermo que repite y glosa:

“Sí, Don Bosco, también yo voy a tí...”

—No dejes de saludar a Don Bosco en nuestro nombre—, le dice su compañero y confesor Don Francesia. Y su rostro se ilumina con una sonrisa.

La última jaculatoria que logra repetir es la que aprendió de Don Bosco en su infancia: —“Madre querida Virgen María, haced que yo salve el alma mía”.

—Sí, —continúa emocionado—, salvar mi alma; eso es todo, eso es todo.

Luego, ante el lecho del moribundo, desfilan los salesianos y jóvenes del Oratorio, las Hijas de María Auxiliadora y sus alumnas, todos sus amigos de Turín. El desfile dura más de una hora. Todo el mundo salesiano está pendiente de su respiración.

Eran las 9,37 del día 6 de abril de 1910 cuando el alma bienaventurada el primer sucesor de Don Bosco volaba al seno de Dios.

Con los Santos

La iglesia de San Francisco de Sales se transforma en capilla ardiente. Más de cien mil personas desfilan ante sus

restos. De todas partes acuden a Turín. El cortejo fúnebre se estiraba varios kilómetros. ¡No era un funeral, era un triunfo! El hombre humilde y sencillo había muerto en olor de multitudes.

Su tumba está, durante un tiempo, junto a la de Don Bosco, en Valsálce. Luego, se traslada a la capilla de las reliquias de la Basílica de María Auxiliadora.

Y enseguida comienza el proceso de la causa de beatificación y canonización. Pío XII lo declara venerable el 26 de junio de 1953, proclamando la heroicidad de sus virtudes. Y Pablo VI, en el día glorioso del 29 de octubre de 1972 lo eleva al honor de los altares, proclamándolo "BEATO MIGUEL RUA".

Y desde ahora, también el bienaventurado compartirá la gloria "A MEDIAS CON DON BOSCO".

Madrid, 1972

N.B.— El presente folleto es un intento de resumir la vida de Don Rua escrita por Agustín Auffray. Algunas escenas están tomadas de la misma biografía.

UNA PALABRA DE AMOR

“El juicio que define a Don Rua como un segundo Don Bosco no sobresale por su exactitud.

El Señor no trabaja en serie, especialmente cuando crea a los Santos.

Don Rua es también una palabra de amor irrepetible, que Dios ha proferido para la humanidad.”

Adolfo L'Arco